

## LA MISIÓN ES DE DIOS, NO NUESTRA

Por Dr. Abel Morales

Profesor de Misiones del Seminario Teológico Centroamericano y  
Presidente de FAM Internacional

El Dios de la Biblia es un Dios misionero, un Dios que envía un mensaje a la humanidad. A través de su palabra y Espíritu, él creó al hombre a su imagen y semejanza y les envió a señorear sobre la creación.

Este Dios misionero decidió también actuar en la historia: “Porque de tal manera amó Dios al mundo” nos dice el evangelio de Juan, afirmando también cuán hostil es la humanidad a Dios y a su voluntad. Sin embargo, el amor de Dios para este mundo es revelado en su propósito de transformarlo. Una transformación mostrada y moldeada en la vida, ministerio, muerte y resurrección de Cristo. Este propósito engloba la acción de Dios en la creación y redención con una humanidad que es completamente responsable de interactuar con él en busca de la paz y la justicia.

Cuando se piensa que la nueva humanidad, un conjunto de seres con una relación especial con Cristo, su redentor, reconoce que la misión es de Dios, entonces enfoca su misión a hacer conocer a la otra humanidad, aquella sin ninguna relación con Cristo, las buenas nuevas acerca de un Salvador.

Al relacionar los pensamientos anteriores con la tarea de la iglesia, que es llamada a cumplir la misión de Dios, vienen a la mente cuatro consecuencias motivadoras:

1. La iglesia, como pueblo de Dios, no es el centro y meta de la misión, sino es el medio para hacer la misión. La Iglesia participa en la misión de Dios, en lo que Dios está haciendo en el mundo, bajo la cabeza que es Cristo, quien vino a servir y entregar su vida para la salvación del mundo.
2. Si el plan de la misión de Dios es con el mundo, la iglesia debe tomar acciones radicales respecto de lo que está pasando en el mundo. Cristo mostró gran interés en escuchar las preguntas de la humanidad antes de contestarlas a través de acciones y palabras. Esto lleva también a la iglesia a la situación de escuchar e investigar lo que el mundo dice, para así contestar adecuadamente tal como hizo Cristo a través de la Palabra escrita y la acción hecha. Así un proceso de comunicación y comunión se podría establecer.
3. Una tercera consecuencia que se desprende de decir que la misión es de Dios y no nuestra, implicaría que todo el mundo es el campo misionero y no sólo aquellos países no cristianos. La nueva humanidad que Dios quiere y por la que murió su Hijo puede encontrarse en cualquier país o sociedad. Todas las sociedades y comunidades son juzgadas por la Palabra de Dios. La rebelión y desobediencia en contra de Dios es común dentro de todas las culturas y sociedades. En otras palabras, se puede mostrar interés prioritario por algunos países, pero sin olvidar a otros de los llamados “cristianos”.
4. La iglesia que participa en la misión de Dios como el cuerpo servidor de Cristo y toma seriamente el reto del mundo no alcanzado, es renovada en sí misma por el resultado de su esfuerzo misionero. La iglesia no permanece estática en el proceso de la misión. Misión es interés no sólo en la conversión de otros, sino también en la transformación del pueblo de Dios. Al involucrarse en la misión la iglesia descubre aún más la tragedia de un mundo desobediente y rebelde, y la necesidad que se tiene de Dios. Al ir a buscar a la humanidad y al encontrarla sienta satisfacción por el deber y mandato cumplido.

Qué estimulante es para el cristiano, entonces, recordar que la misión es de Dios y que como miembros de una iglesia somos colaboradores para que ésta se lleve a cabo.

Para encontrar más artículos escritos para FAM, busque en la página web [www.famiter.org](http://www.famiter.org)

Usado con permiso.

***ObreroFiel.com – Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.***